

# El mejor REGALO

POR ANA MARÍA GARCÍA GARCÍA

crónica

**T**ranscurrían los últimos días de noviembre de 1951. Mi madre y yo (de apenas 4 años) íbamos “de tiendas” a buscar el regalo para el Día del Médico.

Concurso de Periodismo  
Aniversario de  
Palabra Nueva

Palabra Nueva

Él se llamaba (no sé si murió), o se llamará siempre para mí, Luis Espiniella.

Entre su familia y la mía existía una larga y hermosa amistad desde que sus padres y mis abuelos, llegados todos de España, habían sentado residencia en el pueblito de Regla, a orillas de la bahía habanera.

Su consulta, radicada en una bella casona colonial, donde también vivían, distaba apenas unos pasos de mi escuela, a la que yo asistía desde los 3 años, pues mi madre era maestra de la misma y no había quien me cuidara.

De ahí, que fuera muy asidua a aquel hogar cristiano, donde la quietud y el frescor de un fabuloso patio-jardín, al que se asomaban los grandes ventanales de las habitaciones, daba rienda suelta a mi enorme imaginación, acompañada de los cuentos inolvidables de Doña Delfina, la anciana madre de mi médico, recostada en su confortable comadrita, con su chal echado sobre los hombros “para cuidarse de las corrientes de aire”, y yo sentada a sus pies en un banquito, que su solícita hija Nieves sacaba siempre no sé de dónde, en cuanto llegábamos a visitarlas o mientras esperábamos turno para consulta.

Por todo ello, escoger un regalo para Luis ese año fue para mí la cosa más importante del mundo, porque era la

primera vez que mis padres “me encomendaban” seleccionarlo.

Habíamos visitado varias tiendas, cuando mis ojos se fijaron en un hermoso portatintero, muy usado por entonces, de brillante mármol negro, ribeteado en finísimos hilos de oro que completaban dos deslumbrantes plumas de fuente, acomodadas en su base.

¡Eso era exactamente lo que buscaba!

Se lo dije a mi madre y después de pagar una buena suma, bien envuelto en un lindísimo papel coronado con un precioso lazo, regresamos a casa.

El 3 de diciembre llegó lentamente retenido por mi impaciencia. ¡SABÍA QUE MI REGALO SERÍA EL MEJOR! y mi inocente soberbia infantil, se sentía complacida.

Esa tarde, al poner el flamante paquete en sus manos, le dije algo así como: “*ábrelo y verás que es el mejor regalo que has recibido hoy*”.

Sin abrirlo siquiera para mi asombro, lo dejó sobre su escritorio y en silencio me llevó a su cuarto. En aquel tiempo se acostumbraba a poner los regalos sobre la cama. La suya repleta, mostraba el merecido cariño por su bondad y profesionalismo.

Tomaba mi mano con ternura y una dulce sonrisa iluminaba su rostro.

Cogiendo un jabón de baño, envuelto todavía en un cartucho, me dijo: “*Esto lo trajo la conserje viejita que vende la merienda en tu escuela. ¿Sabes el sacrificio que tuvo que hacer para comprármelo? Quizás en él gastó todo lo que tenía. Por eso, ¡ÉSTE ES EL MEJOR REGALO!*”

Sentí que enrojecía de vergüenza hasta el alma y con los ojos bañados en lágrimas me eché en sus brazos sin pronunciar palabras.

Entonces, me abrazó muy fuerte (él también lloraba) y con un hilo de voz balbuceó: “*¡Ahora no sé cuál es el mejor regalo, si el jabón de la viejita o estas lágrimas tuyas!*”

Han pasado muchos años... Cada 3 de diciembre, recuerdo con emoción a la buena conserje y a mi querido médico. No hay día de mi vida que deje de agradecerles su inolvidable lección.